

Cambiando el Guión: Repensando la Resistencia de la Clase Obrera

Flipping the Script: Rethinking Working Class Resistance

Mudando o Roteiro: Repensando a Resistência da Classe Operária

Henry A. Giroux *

Universidad de McMaster

La importancia de un cambio de cultura de la propia clase obrera es uno de los ejes fundamentales de este artículo. Repasa las relaciones entre los estereotipos y normas de las clases dominantes y en qué medida estas afectan a la propia percepción de los más desfavorecidos. Desenmascara cómo el poder ejerce el control de la sociedad. Asimismo analiza la hipocresía de los poderes políticos, económicos y sociales. Evidencia su doble lenguaje frente a las guerras, la delincuencia y otras tantas injusticias sociales. Pero también visibiliza el comportamiento del capitalismo neoliberal y sus estructuras económicas que perpetúan y agrandan la brecha. Reconoce el adormecimiento de la sociedad norteamericana y su falta de contestación ante las injusticias. La cultura, la democracia y la educación son las que deben contribuir a actuar contra una represión generalizada y cambiando a los ciudadanos políticamente ingenuos. En definitiva, alienta a la clase obrera a unirse y a repensarse a sí misma cambiando la historia a corto y largo plazo.

Descriptor: Clase obrera, Poder, Pedagogía crítica.

The significance of a culture change in the working class itself is one of the cornerstones of this article. It reviews the relations between stereotypes and norms of the dominant classes and describes to what extent they affect the perception of the poor's it selves. Exposes how power has control of society. It also discusses the hypocrisy of the political, economic and social powers. Its shows the dual language against wars, crime and many other social injustices. But also makes visible the behaviour of neoliberal capitalism and economic structures that perpetuate massive gap. Recognizes the numbness of American society and its lack of response to injustice. Culture, Democracy and Education contribute to act against widespread repression and changing the politically naive citizens. In short, it encourages the working class to unite and rethink itself by changing the story short and long term.

Keywords: Working class, Power, Critical pedagogy.

*Contacto: girouxh@mcmaster.ca

A importância de uma mudança de cultura da própria classe operária é um dos eixos fundamentais deste artigo. Repassa as relações entre os estereótipos e as normas das classes dominantes e em que medida estas afetam à própria percepção dos mais desfavorecidos. Desmascara como o poder exerce o controle sobre a sociedade. Também analisa a hipocrisia dos poderes políticos, econômicos e sociais. Evidencia sua dupla linguagem frente às guerras, a delinquência e às outras tantas injustiças sociais. Mas também evidencia o comportamento do capitalismo neoliberal e suas estruturas econômicas, que perpetuam e ampliam a brecha. Reconhece o adormecimento da sociedade norte-americana e sua falta de resposta às injustiças. A cultura, a democracia e a educação devem contribuir para uma atuação contra a repressão generalizada e para a modificação dos cidadãos politicamente ingênuos. Enfim, anima à classe operária a unir-se e a repensar a si mesma, mudando a história a curto e médio prazo.

Palavras-chave: Classe operária, Poder, Pedagogia crítica.

Este artículo ha sido traducido por Reyes Hernández-Castilla.

He pensado frecuentemente cuando fue el momento en el que mi sensibilidad de clase obrera se transformó en conciencia crítica de clase. La mayor parte de mi juventud fui definido por la clase dominante por mis déficits, para las cuales no tenía ni habilidades ni capacidades excepto para ser un simple bombero o policía. Este procedimiento es el estándar para la mayoría de los jóvenes de la clase obrera. Se nos ha dicho que estábamos muy enfadados cuando manifestábamos nuestra pasión, o demasiado tontos cuando utilizábamos un código restringido. Nuestros cuerpos, para ambos sexos, eran únicamente nuestro capital cultural que tuvimos que definir como grupo, a través de la expresión de solidaridad, sobre dimensionando nuestra masculinidad o a través de una mirada acomodaticia de la sexualidad y del concepto cuerpo. El mensaje era siempre el mismo. Estábamos incompletos, inconclusos, excesivos y desechables. Para muchos de nosotros significaba una vida gobernada por escuelas pobres y sin poder escapar del amplio sistema judicial.

Reviví y comencé a tener mi propio concepto de grupo cuando me di cuenta de que lo que los tipos de la clase dominante [en una variedad de instituciones, sobre todo de la escuela] llaman mis “déficits” eran en realidad mis puntos fuertes: Es decir, el sentido de la solidaridad, la compasión, la fusión de la mente y cuerpo, el aprendizaje, la capacidad de asumir riesgos, abrazar la pasión, la conexión de los conocimientos sobre el poder, y estar atento al sufrimiento de los demás así como comprender un sentido de la justicia social.

Entonces me di cuenta que tenía que cambiar el guión para sobrevivir y convertirme en un agudo y perspicaz observador acerca de las fortalezas de las clases dominantes, o los modos de hipermasculinización, o el despiadado sentido de la competitividad, sofocando un narcisismo en el que ellos se miran. Buscan desafortadamente sus propios intereses sobre cómo lograr la mayor virtud y elaboran un código vacío con su despiadado sentido de la competitividad, frecuentemente son salvajes e insensibles en sus modos de interacción, estos eran sus déficits tóxicos. Fue un punto de inflexión en mi capacidad para poder narrar y liberarme de una de las formas más siniestras de dominación ideológica “aquellos prejuicios incuestionados que mantienen nuestras formas de pensamiento” (Knott, 2011, p.87).

Para mí esto supuso un proceso lento de desaprendizaje de los venenosos posos históricos de la joven clase obrera que frecuentemente han internalizado y se han fraguado para su supervivencia. Desaprender significa convertirse en un observador de historias, tradiciones, rituales diarios y relaciones sociales que proporcionan tanto el sentido de la resistencia y que además permite que las personas piensen más allá acerca de las causas de la miseria y que están sufriendo de manera palpable nuestros barrios en su vida diaria. Quiero decir que no solo significa aprender sobre resistencia en nuestras vidas perdidas sino también cómo narrarse a uno mismo desde la perspectiva de la comprensión, tanto desde el venenoso capital cultural que ancla a la clase dominante en esos modelos de capital cultural, en una especie de literatura alternativa que nos permite el retar a ésta. Esto significa modos de desaprender la opresión que muchos jóvenes de clases trabajadoras tienen internalizados, obviamente los ejemplos son de beligerante sexismo, racismo, hipermasculinización en los que hemos sido enseñados y donde aspectos como el sentido común y de las señas de identidad son respetables.

La lucha por redefinir el sentido de grupo es más que una perpetua lucha entre las cuestiones de inteligencia, competencia y baja autoestima. Es sobre la “reivindicación” de un sentido de la historia, abriendo la puerta a memorias peligrosas y asumiendo riesgos que permitan un nuevo y más radical sentido de identidad, lo que significa estar en el mundo desde una posición de fuerza.

He encontrado signos de esa resistencia en la música joven negra; historias sobre las luchas de unión, la caridad solidaridad entre iguales, y también en la poderosa muestra de los intelectuales populares a cuyas lecciones asistí en la Brown University. La gente que me movilizó hacia la lectura no fueron los artículos académicos que difícilmente entendía, intelectuales que parecían congelados emocionalmente, vomitando una especie de jerga reservada para los iniciados, autosatisfechos en su insularidad y lejanía.

Eran intelectuales reconocidos como William Kunstler, Stanley Aronowitz, Ángela Davis y Dick Gregory los que me proporcionaron una comprensión alternativa y representación de lo que los intelectuales reconocidos de la clase obrera deberían de ser. Era más una forma de vida, se mostraban apasionados cuando hablaban sobre una serie de injusticias sociales. Dominaban el escenario mostrándose brillantes mientras eran performativos, sus palabras encajaban con la manifestación de la emoción, la empatía, el enfado y la esperanza.

Rebaten y desestabilizan el estilo literario de la academia con su jactancioso tono, ritmo e imagen. Observando y escuchándolos la sensibilidad política cambia y nunca mirara hacia atrás. Una vez más observamos a la clase obrera negra, los jóvenes negros y blancos reclamando sus historias y encarando un enorme estado de violencia y terrorismo, especialmente la juventud blanca en Las Vidas Negras Importan y otros movimientos emergentes.

Cambian el guión para reescribirse a sí mismos en un movimiento amplio, y no como una reforma sino como un cambio político y económico. El cambio real en el que la democracia real cobra vida con la justicia y la esperanza de un futuro mejor. No están simplemente identificando y reformando injusticias sino que están produciendo cambios económicos, políticos, educativos y de las estructuras culturales. Estos movimientos no pueden emerger lo suficientemente rápidos dada la ralentización de la mortal maquinaria de la sociedad americana dominante.

En cualquier lugar que miremos hoy en día está presente este enfoque intimidatorio del totalitarismo y la erradicación de las aquellas esferas que producen una cultura estimulante formativa necesaria para una democracia radical. Las escuelas han sido modeladas como las prisiones, una serie de comportamientos han sido criminalizados, especialmente en las escuelas públicas donde los jóvenes han sido arrestados por violar un código de vestimenta o escribir en sus pupitres.

No se ha instigado una guerra contra la pobreza sino contra los pobres dado que están sujetos a una leyes que cada vez más les llevan a la cárcel por sus deudas o simplemente por ser negros y pobres. Los recientes asesinatos y la posterior demonización de los desarmados, jóvenes y adultos afroamericanos en muchas ciudades a lo largo de Estados Unidos a manos de la policía muestran de modo visible esta metamorfosis de militarización que domina la vida americana. La policía se ha convertido en el ejército que mira a los barrios como zonas de combate. La tierra es ahora como un recurso que ha de ser saqueado, como parte de la extracción de la riqueza, el trabajo, las esperanzas y los sueños tomadas de otras esferas de la vida social. Una loca violencia impera en la vida americana.

Ataviados con equipo antidisturbios, ametralladoras, vehículos blindados y otra serie de armas importadas de los campos de batalla de Iraq e Irán asumen comportamientos de guerrilla. ¿No sería deseable que en lugar de la concienzuda violencia, el trabajo policial del barrio con la comunidad y el compromiso se convirtiera en la norma para hacer frente a los presuntos “criminales”, especialmente en estos momentos que están cada vez más criminalizados sus comportamientos? Al mismo tiempo, la violencia se ha convertido en el ADN de la sociedad que rechaza y hace frente a problemas estructurales mayores como la enorme desigualdad de riqueza y poder o un gobierno que ahora sin pedir disculpas sirve a los intereses de las empresas más ricas y poderosas y hace que la violencia sea el principio organizador de la gobernanza.

La barbarie no es simplemente un concepto político, es una práctica forjada en la guerra y la violencia. Incapaz de auto-reflexionar, sofoca las consideraciones éticas bajo el lenguaje de tácticas para que el asesinato de los niños en América y en el extranjero a través de los mecanismos del terrorismo de Estado que se justifica con el pretexto de una necesidad militar -una idea del miedo forjada en los pozos del aumento de la vigilancia y sanción de Estado. Convierte los barrios pobres en zonas de guerra en la métrica de los zombis de élite y éticos financieros que, sin ninguna apariencia de conciencia moral, fusionan el poder y la violencia, y la guerra contra las poblaciones emergentes consideradas desechables. En tales circunstancias, la distinción entre civiles y combatientes desaparece. Verdaderamente es la lógica de la desechabilidad del terrorismo de Estado y el nuevo totalitarismo.

Es duro estar en desacuerdo con el consenso creciente de lo que somos testigos en los Estados Unidos por el legado de la esclavitud y la criminalización de las personas de color donde ha sido reemplazado con gusto y de manera agresiva por la injusticia racial. Y es precisamente esta militarización la que debería informar sobre algún análisis sobre el incremento de los peligros del totalitarismo en América. Los asesinatos raciales, la pérdida de privacidad, el incremento del estado de vigilancia y el crecimiento de la pobreza y la desigualdad, así como la creciente mercantilización de las instituciones más poderosas de los Estados Unidos apuntan a algo más que unos disturbios civiles, el espionaje, la violencia policial y otra serie de cuestiones antidemocráticas. Lo que

realmente está en este trabajo y una de todas estas cuestiones dispares es la creciente amenaza del autoritarismo o lo que podría llamarse “totalitarismo con elecciones”.

Pero hay más en el trabajo que la locura del capitalismo neoliberal y la opresión causada por las estructuras económicas y la inocua brecha de la riqueza, poder y los ingresos que producen. Los estadounidenses también vivimos en la época de la muerte en soledad, el aislamiento y la militarizada nuclearización.

Si creemos a la prensa popular, la soledad está alcanzado proporciones epidémicas en las sociedades conectadas industriales. El “sospechoso” habitual es internet que aísla a la gente en el cálido resplandor de la pantalla del ordenador que al mismo tiempo refuerza la sensación de aislamiento y soledad. La propia idea de “amigos” en Facebook y los “me gusta” se convierten en categorías sin cuerpo donde el ser humano ha desaparecido en un agujero negro de las abstracciones con significados vacíos. Más aún, culpar a internet es demasiado fácil cuando nuestras vidas en una sociedad en la que cualquier noción de dependencia, compasión, reciprocidad, cuidado de los otros y sociabilidad se ve socavada por una ética neoliberal en el que el propio interés se convierte en el principio organizador de la vida y de supervivencia, se ajusta más a una cultura que promueve la indiferencia ante el sufrimiento de los demás y aún peor, muestra un desdén por los menos afortunados en una cultura preponderante de crueldad. Individuos aislados no constituyen una sociedad democrática sana.

Un lenguaje más teórico elaborado por Marx habla de la alienación como separación de los frutos del trabajo y, posteriormente, la Escuela de Frankfurt mediante el concepto de racionalidad instrumental de la cultura, que ha regresado con los nuevos datos arrojados por la sociedad norteamericana. Más aún las formas tradicionales de alienación y de la cultura de auditoría en la que vivimos ahora implica algo aún más venenoso. La cultura de la atomización y el aislamiento bajo el régimen del actual neoliberalismo es ahora aún más amplio y gobierna completamente la vida social en una sociedad basada en el consumo y conducida por las demandas del comercio y la financiarización de todas las cosas. El aislamiento, la privatización y la fría lógica instrumental racional han creado una nueva formación social y un orden social en el que llega a ser difícil crear lazos comunitarios, relaciones profundas, sentido de intimidad y compromiso en un sentido amplio. El neoliberalismo ha creado una clase dominante de monstruos para los cuales el dolor y el sufrimiento son vistos ahora como entretenimiento, la guerra es un estado permanente de la existencia y el militarismo es la fuerza más poderosa de la conformación de la masculinidad. Los políticos han abandonado la ética y así los costes sociales están divorciados de cualquier otra intervención en el mundo. Esta es la métrica de los zombis políticos. La palabra clave aquí es la atomización y es la maldición de ambas sociedades neoliberales y la democracia en sí misma.

Lo que debemos recordar es que la política norteamericana no es simplemente representativa de la muerte de la razón y de la emergencia de una estupidez extrema, pura y dolorosa, sino también de la muerte de las culturas formadoras que conforman el pensamiento. Una irreflexión fabricada produce no solo una falta de atención a la tarea nunca finalizada de la crítica, también fracasa en la consciencia y en el testimonio moral.

En el sugerente cuadro de Goya “el sueño de la razón”, el azote de la estupidez barriendo la cultura Americana representa una pelea contra el pensamiento, los grupos críticos y coquetea con un tipo de irracionalidad fascista que se apoya en el corazón del espectáculo de violencia que envuelve la vida política y se ajusta con una salvaje militarización de la

cultura intensificando su nivel la agresión y la violencia diariamente, la extinción de la vida social y el abandono a las obsesiones privadas. Los ciudadanos se han convertido en consumidores diluyéndose en la niebla de su exacerbado propio interés.

Cómo se puede explicar de otra forma la pura idiotez que ahora permea la esfera política con las negociaciones del cambio climático, los defensores del creacionismo instando a una guerra contra los derechos reproductivos de las mujeres, y la élite financiera que está tomando al asalto todas las formas de la educación superior pública, y así continua... En una sociedad en la cual las relaciones sociales se reducen a una forma de combate social y el pensamiento se derrumba en una adulación hipermasculinizada de intereses propios y que Hannah Arendt (2011) lo llamó irreflexión no hay lugar para el pensamiento solo para la locura de la violencia, la crueldad y la miseria revestida con la mentira que gobierna todas las relaciones sociales.

Pero la postura de la estupidez tiene otro lado aún más oscuro; se convierte en una forma de escaparse de cualquier forma de responsabilidad social y esconder los intereses totalitarios que los legitiman. El poder ahora se nutre de la estupidez, no simplemente de la ignorancia que ata lo público a las formas dominantes de opresión, una forma de estupidez que coloniza el poder y se nutre de una forma de tranquilizante moral e intelectual. James Baldwin (1972) tenía mucha razón cuando dijo: “Es cierto, en cualquier caso, que la ignorancia se alía con el poder, y es el enemigo más feroz que la justicia puede tener” (p.149).

Absorto en las órbitas del consumo, la mercantilización y la exhibición, los estadounidenses participan indirectamente en los tóxicos placeres del Estado autoritario. La violencia se ha vuelto la fuerza de la organización de una sociedad impulsada por un concepto nocivo de la privatización en el que se hace difícil que se eleven las ideas al ámbito público. Bajo estas circunstancias, la política es visceral porque ahora apoya a una sociedad orientada al mercado que vuelve la espalda ante la insistencia de Hannah Arendt's que afirma que la “Humanidad no se adquiere en soledad” (Arendt, 2013, p.37). Esta violencia en contra de los mínimos sociales no solo son la muerte de la imaginación radical, sino también una noción de la banalidad de la famosa Arendt que sostuvo que la raíz del totalitarismo era una especie de descuido, incapacidad para pensar y en cierto modo una estupidez escandalosa “hay simplemente una renuencia permanente a imaginar que está experimentando la otra persona (Arendt, 2013, p.37).

Muchos estadounidenses se preguntan por qué no hay más gente en las calles, como si la agitación económica o incluso las expresiones más evidentes de violencia estatal nos ofrecieran una política con garantías. Una de las razones, por supuesto, es que la guerra contra la imaginación ha ido acompañando de la guerra a la solidaridad, a las relaciones comunitarias y a los valores que no pueden ser mercantilizadas. Ahora todos vivimos en zonas de guerra, los regímenes están marcados por la violencia más insidiosa que muestra la codicia, la crueldad y la mentira. Lo peor de la crisis económica, el nuevo totalitarismo, no ha ido acompañado de una crisis de las ideas. La subjetividad se ha despojado de todo sentido, reduciendo la mirada de las empresas en las relaciones públicas que alimentan el despojo por la maquinaria de extracción. El capitalismo ha alcanzado su punto final, ciego a su marcha mortal. Afortunadamente, más y más jóvenes se niegan a mantenerse al margen del terrorismo de Estado y del fundamentalismo mercantilista que define sus vidas cotidianas.

Como John Dewey, Pierre Bourdieu, Noam Chomsky, Paulo Freire, Ellen Willis y otros nos recuerdan que no hay democracia sin un público informado. Esta es una lección que tomó la Derecha muy en serio después de los alzamientos democráticos de los años sesenta. No es cuestión de culpar a la población pero sí de tratar de entender el papel de la cultura y el poder como una fuerza vital en la política y como está vinculada a las grandes injusticias en la riqueza y los ingresos. El Estado financiero promueve una forma de terrorismo ideológico y la cuestión clave es cómo exponerlo, cómo dismantelar sus aparatos culturales con el uso de los medios de comunicación, con los nuevos partidos y las luchas educativas y políticas en curso.

Relacionado con este tema, ¿cómo se pueden cambiar las condiciones, tales como las formas de expansión de la ciudadanía, las encarcelaciones en masa que hacen que los estudiantes con ingresos más bajos y las minorías pobres y “desechables” que no pueden ofrecer ninguna resistencia colectiva en su lucha, ya sea porque simplemente viven para sobrevivir o directamente sufren condiciones muy duras de represión estatal?

Como Noam Chomsky, Jeffrey St. Clair, Paul Buchheit, Chris Hedges y otros han señalado el capitalismo se está extendiendo como un tumor en la sociedad estadounidense y la clave es cortar su capacidad para convencer a la gente de que no existen otras alternativas, que el mercado debe gobernar toda la vida social y que el papel del gobierno es proteger los beneficios de las grandes empresas y los intereses de los super-ricos. El argumento es que las cosas ahora se pondrán mucho peor, y empujar a la gente a la acción es políticamente ingenuo, porque nunca hay verdaderas garantías políticas de cómo la gente va actuar frente a la colosal represión. Podrían hacerlo por todas las intenciones y metas, tanto a la derecha como a la izquierda. Y es por eso por lo que estos resultados tienen que ser peleados tanto educativa como políticamente en el interés de crear una sociedad democrática radical. Ahora es el momento para que la clase obrera se una con otros para crear unas nuevas formaciones políticas y organizar metas a corto plazo y los cambios fundamentales a largo plazo. Es el momento de cambiar el guión.

Referencias

- Arendt, H. (2001). *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt.
- Arendt, H. (2013). *The Last Interview and Other Conversations*. Brooklyn, NY: Melville House Publishing.
- Baldwin, J. (1972). *No Name in the Street*. Nueva York: The Dial Press.
- Knott, M.L. (2011). *Unlearning with Hannah*. Nueva York: Other Press.